



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas

(Emilio Mesejo.)



El actor que al teatro
lleva más gente...
(No está muy parecido
precisamente.)

SUMARIO

Teatro: De todo un poco, por Luis Taboada.—Mónica suave, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—Protesta, por Luis de Ansoarena.—La distancia, por Simón Delgado.—Fe de erratas del nuevo «Diccionario de la Academia», por Antonio de Valbuena.—Mojigaterías, por José Estrañi.—La juega de honor, por José Zahonero.—Tres advertencias.—Correspondencia particular.

GRABADOS: Instantáneas: Emilio Mesejo.—Del interior.—Actualidades (cinco viñetas).—Inconvenientes.—La curiosa impertinente, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Ya habíamos convenido todos los astrónomos en que este invierno iba á ser dulce como la sonrisa de un municipal; pero desde el lunes hace un frío horrible.

Aun los más aficionados á lucir el talle jacarandoso, han tenido que echar mano de la capa; y el dulce que continúa luciendo el

cuercopito es un tal Recuero, cesante crónico, que nunca tuvo gabán, ni capa, ni *carriek*, no por odio á estas prendas, sino por falta de dinero para adquirirlas, aunque él quiere hacernos creer que las aborrece con toda su alma.

—¿No siente usted frío?—se le pregunta, y él dice:

—¿Frío? ¡Qué disparate! Mire usted cómo sudo.

Y entreabre la pechera de la camisa para que le introduzcamos la mano en el seno; cosa que no queremos hacer por varias razones.

Recuero es altivo, y antes de confesar que no tiene capa, prefiere pasar por extrayagante; pero á mí me consta que el pobrecillo se huela y tiene las piernas escarchadas como las yemas de coco.

Mientras está en su domicilio, vive envuelto en una manta, reato glorioso de su pasada opulencia; pero como no es cosa de salir á la calle vestido de convaleciente de hospital, deja en casa el abrigo y se lanza á la calle á cuerpo gentil, desafiando la escarcha y excitando la compasión de los tenderos, que dicen, al verle pasar, desde el fondo de su mostrador:

—¡Ahí va ese infeliz! ¡Pobrecillo! De seguro que tiene sañañones hasta en el vientre.

El Gobierno no siente frío. ¡Qué ha de sentir! Al contrario, se ve que está ardiendo por la parte interior.

En menos de tres días ha denunciado seis ó siete periódicos y está dispuesto á denunciar á todos los que no declaren que nunca hemos estado mejor de salud y de dinero y que los soldados de Cuba comen ostras, faisanes trufados y arroz con leche...

Por no haber declarado esto mismo el Sr. Reparaz, «gime» hoy en la Cárcel Modelo.

Es decir, no es que gima precisamente, pero está preso, con una reja por delante y otra reja por detrás. Durante el día recibe visitas y apretones de manos y frases de cariñosa simpatía; pero llega la noche, y Reparaz se queda á solas con su butaca y su manguado lecho, á los cuales confía las penas de su corazón:

—Bueno—dice él,—ya estoy solo, y ahora me pregunto: ¿Por qué estoy solo? Pues por haber escrito un artículo. ¿Y merecen todos los artículos del mundo que yo esté solo y aburrido?

Para Reparaz, que por su talento y su perseverancia en el estudio ha logrado un puesto distinguido en la prensa, lo de la prisión sólo puede ocasionarle molestias; pero para ciertos seres ignorados, la prisión es un medio como otro cualquiera de adquirir nombre é importancia.

Convenido de esta verdad, Boliche padre, residente en Villaroma, ha escrito á su hijo Cipriano, que está aquí gestionando su entrada en un periódico, la carta siguiente:

«Querido Cipriano: Mucho me sorprende que á pesar de la se-

mana y media que llevas en Madrid no te hayas dado á conocer todavía, ni te hayan puesto en escena el drama que tienes escrito para la Guerrero. Ya que ahí cuesta trabajo abrirse camino, según dicen las personas que han viajado, te aconsejo que delincas de buena manera lo antes posible, á fin de que te reduzcan á prisión.

Con tal de que no te fusilen, verá con gusto tu criminalidad éste tu padre—Gumersindo.»

El frío no es obstáculo para el placer. Ni tampoco las tristes noticias de la guerra.

Mientras se mueren helados los caminantes y nuestros valientes soldados pelean con los mambises y con el vómito, aquí vamos al teatro y á las Ventas y al cinematógrafo y á ver los rayos X.

Los domingos por la tarde, especialmente, no hay quien pueda comprar una butaca en el despacho, pues todas están en poder de los revendedores; y, sin embargo, el teatro se llena y el espectador paga un sobrepago con mucho gusto, porque es lo que él dice:

—Aunque no tenga que comer el lunes, aunque me desahucie el casero, aunque mendigue el pan de puerta en puerta, yo no me quedo sin ver á Manolo Rodríguez...

¡Oh, España! ¡Tierra bendita!

Yo te saludo y te adoro.

Enstaquio Cabezón, nuestro querido colaborador, ha publicado un libro de versos que titula *Cantos alegres*, y ha sido justamente alabado por la prensa.

Cilla ha contribuido al mérito del tomo dibujando una preciosa portada, y resulta de todo esto que Cabezón se va á poner las botas en el sentido metafórico de la frase, pues *Cantos alegres* se vende que es una delicia.

Bien lo mereces por cierto. Las composiciones contenidas en el libro son muy bonitas, y aparte de esto, Cabezón no se las da de lírico intencionado, ni de estilista, ni de genio. Él se contenta con escribir lo que le dicta su imaginación y su buen gusto.

Y así deben ser los verdaderos poetas.

Luis Taboada.

★

MANITA SUAVE

«Para el arte de afeitar no hay en Madrid una mano más suave que la de Aznar (decía su parroquiano don Darío Salazar).

Manita suave es su mote. ¡Qué suave la tiene para rizar bien cualquier bigotel! ¡Y con qué mimo separa los pelitos del cogote!

No hay otro cortando el pelo, riziéndolo es un modelo y afeitando una delicia. ¡Cómo el cutis acaricia su mano de terciopelo!

En una calva cualquiera su mano suave se explaya.

Yo, ni la siento siquiera aunque me saque la raya del fondo de la mollera.

Y lo mismo jabonando que luego al descañonar, suave es la mano de Aznar.

¡En fin, ¡es suave hasta cuando la extiende para cobrar!

Y cuando afeita el tanante (y afeitar es su deseo), produce en todo el semblante cierto dulce cosquilleo que incita al sueño al instante.

¡Y á qué sueño, madre mía! Me dirán que es tontería, mas me causa tal deleite que voy á que Aznar me afeite cinco ó seis veces al día.»

Esto dijo, lector mío, don Darío; pero yo puedo asegurar que no se afeita ya don Darío, ni Cristo que lo fundó.

¿Qué le hacía frecuentar la barbería de Aznar?

¡La suavidad de la mano!

¡Qué! La barbera, Pilar, hermoso tipo africano;

una mujer de trapío que, por cuestión de intereses,

se enredó con don Darío, hasta que á los cuatro meses

el barbero notó el lío, y sin más explicación,

cogió á don Darío, y ¡pon!

le dió un bofetón tan fuerte, que le hizo estar á la muerte

por causa del bofetón, con tres ó cuatro chichones,

la nariz como un tomate, un ojo con chicharrones

y el resto de las facciones de color de chocolate.

No obstante, Darío, hinchado y dolorido y baldado,

se consolaba á su modo diciendo: «En medio de todo,

no he salido mal librado; no, señor, ¡porque Dios sabe

de qué manera tan grave llegó á pagar mis excesos

si Aznar no es un hombre de esos que tienen la mano suave!»

Juan Pérez Zúñiga.

★

PALIQUE

El libro de la temporada es *Horizontes*, la nueva colección de poesías del ilustre autor de *Dolores*.

En muchos periódicos pienso hablar con la extensión que el asunto merece de esta nueva prueba del talento artístico de Balart; porque lo menos que se puede hacer, en estos tiempos de prosa, en que lo son hasta los versos, en favor de la poca poesía verdadera que aparece de tarde en tarde, es anunciar por todas partes su presencia.

En MADRID COMICO no suelo dedicar muchos renglones al juicio de libros, y por eso no he de entrar en el examen de *Horizontes*.

Para los que piensan que sólo añaden nuevos laureles á los ya adquiridos, los poetas, cuando su nueva obra es mejor que las anteriores, *Horizontes* no añadirá nuevos laureles, etc. Pero ese criterio es absurdo. Nuevos laureles se añaden mientras se siguen haciendo cosas buenas, sean ó no mejores que otras ya hechas.

Le carrera del poeta no necesita ser de constante progreso para ser gloriosa.

Horizontes no es superior á *Dolores*, ni, en cierto sentido, tiene su importancia. *Dolores* era obra de rigurosa selección; *Horizontes* no; pero en cambio ofrece mayor variedad y deja ver el alma del autor desde puntos de vista nuevos.

Balart nos hace ver una vez más, hasta en aquellas composiciones de menor empeño y asunto menos alto, que no faltan en este libro, su gran habilidad de versificador castellano y el dominio magistral de la lengua.

Gedeón, con más malicia que razón, quiere ver en cierta poesía de Balart el pecado de batología, que no existe cuando la repetición de vocablos es intencionada y produce un efecto artístico, que se buscaba, como sucede en el caso de que se trata. Según el criterio de *Gedeón*, cierta clase de forma del superlativo en hebreo sería batología, pues consiste en la repetición de la misma palabra.

Gedeón apunta bien, pero no siempre sabe escoger buenos cazaderos.

Notará *Gedeón* que aun en los casos en que me veo en la necesidad de oponerme á lo que él dice, le trato con amabilidad y gran comedimiento.

Es que, fuera de cierto empeño suyo de morder en limas de acero, su labor literaria me agrada (la política, no; es muy *patriotero* *Gedeón*), y me complazco en ver que coincidimos en ciertos juicios y opiniones.

Camposamor es el *único*, dice *Gedeón*. Y yo digo el *único*, no; pero el primero, sin duda.

Gedeón da gran importancia á la corrección, propiedad y demás condiciones necesarias del buen lenguaje, y yo también.

Aunque le veo por mal camino cuando se deja guiar por Balart y otros como él en *questión* (como *Gedeón* escribiría) de galicismos.

No son galicismos muchos modos de decir que Balart censura, aunque los emplean los franceses con el mismo derecho que los españoles.

Sobre esto hay mucho que hablar, y puede que *Clarín* algún día (cuando el público esté para fijarse en tales cosas) escriba largo y tendido acerca de ese purismo reaccionario y de aislamiento, que siempre supone la ignorancia de muchas cosas *internacionales* que debe conocer el buen filólogo.

Vital Aza, burla burlando, critica muy lindamente la manía de Balart y otros así, en su poesía titulada «Galicismos». Allí se ve que son para el purista exagerado, viciosas, por bárbaras, locuciones que emplea *todo el mundo*. Los que siguen á Balart al pie de la letra, son más papistas que el Papa. A mal criterio obedece el que, después de tachar la palabra *pretencioso*, que, en efecto, no puede ser española, como lo está diciendo la *c de cio*, tacha también el verbo *batirse*, que admite el diccionario de la Academia.

Est modus in rebus.

¿Qué dónde he leído yo esa poesía «Galicismos» de Vital Aza? En *Bagatelas*, un tomo elegantísimo de la ya acreditada *Colección Elzevir ilustrada*, de Juan Gili, en Barcelona. Por cierto que yo no hubiera dicho colección *elzevir*, sino *elzeviriana*; y si era capricho el poner el nombre en vez del oportuno adjetivo, hubiera dicho *elzevirio*, que es como se dice en castellano.

Pero Vital Aza nada tiene que ver con eso, y sea de *Elzevir* lo que sea, el volumen es de los más hermosamente impresos.

En *Bagatelas* hay esa facilidad, á veces difícil, que siempre distingue al Sr. Vital (á mi también me llaman, algunos, Sr. *Clarín*) y esa falta completa de pretensiones que es un encanto.

Claro es que *Bagatelas* no es parece á la *Crítica de la Razón pura* de Kant, pero tiene algo de la *crítica de la razón práctica*, porque allí el buen sentido parece una musa.

Hay muchos que no envidian á Vital Aza, porque creen que ellos también escribirían así, si quisieran.

Los que le envidian son los que *ya han querido*... y no han podido.

Por asociación de ideas, recuerdo ahora que nada he dicho de *Los Madrides*, de López Silva.

Nunca es tarde si el *bombo* es bueno.

Bombo... es decir, *bombo*... en el buen sentido de la palabra.

merece el inimitable autor de tantos graciosos *diálogos*, que recitados por Ruiz de Arada le hacen á uno olvidar que hay Retanas en el mundo.

Clarín.

DEL INTERIOR



— No puedo mandarte las quinientas pesetas que me pides. Probablemente la nación necesitará otro empréstito, y tengo que reservarme para contribuir con mi óbolo. ¡Lo primero es la patria!

Protesta.

Sábelo, madre, es inútil que mi cariño pretenda la que me cerró sus brazos y repugnó mi presencia. No supongas que mi orgullo en esta ocasión protesta, ni al rechazarte pretendo imponerte justa pena... No es el orgullo... Es que el alma para tu afecto está muerta, y sólo Dios á un cadáver le puede dar vida nueva. Flor que el maternal cariño con besos abre y renueva, se pudre en el abandono y en la soledad se seca; ¡y es loco empeño intentar que olores y colores vuelvan á la que arrojóse al cieno y á la que faltó la tierra! De una pasión criminal surgió mi triste existencia como obstáculo á una fama y fin de odiosa comedia, y sobra... como sobra lo que un pecado recuerda, lo que una virtud destruye, lo que una deshonra prueba, que, aún no nacido, ocultabas que estaba en ti, con vergüenza. Luego ni un rayo de dolor al dejarme, ni una queja, ni un arranque de cariño que otros impulsos venciera.

Sobra... ¡Pues á la calle!... ¡Pues, madre, te hablo desde ella, á la distancia que entre ambos tú deseaste que hubiera. El arroyo ha recogido lo que arrojaste soberbia, y en él encontré la madre con que siempre el hombre sueña. Hubo besos en su rostro, pobre hogar me abrió sus puertas, y extraño pecho prestóse á dar á mi carne fuerzas para que lo que era tuyo sin tus auxilios viviera. «¡Madre!...» dije, pero nunca pensando en ti, lo que prueba que el alma que rechazaste no se quejó de tu ausencia, y si la dijiste «¡Vete!» jamás pensó en dar la vuelta. Y hoy, ya formada del todo entre caricias ajenas, si tú la llamas, no acude; si amor le pides, le niega; pues... ¿cómo ha de darte nada si nada persiste en ella?... Madre... perdón, y sigamos los dos por distinta senda, tú, feliz con tu fortuna, yo, tranquilo en mi pobreza... No intentes un imposible... Somos dos extraños... Piensa que el que sólo da la vida ¡da una cosa bien pequeña!

Luis de Andoña.

ACTUALIDADES



—Pues sí, chico; la cocinera estaba en relaciones con un cabo, y como el cabo la pedía todos los días para pitillos...
—¡Chist! ¡Desgraciado! ¡Que estás atentando al prestigio del ejército!



—Polavieja es el que lo entiende. Partes breves pero sustanciosos...
•He matado á mil. He fusilado á veinte... ¡Dios le conserve la muletila!



—Y á todo esto, ¿dónde estarán á estas horas nuestros cuatrocientos millones? Es decir, los de los que los dieron con un interés módico...



—Mi marido es diputado, y aunque en activo servicio, dice que no hay un oficio mejor, ni más descansado...



—¡Si yo bien decía! Una hábil acción diplomática combinada con la militar tiene que acabar con la insurrección. Ahora les damos *liberamente* la autonomía, dentro de algunos años les reconocemos la independencia... ¡y los rebeldes sufren un golpe terrible!

La distancia.

I

¿Qué atractivo especial tenía Amparo?
No lo puedo decir... ¡ya no me acuerdo!
porque los años borran implacables
hasta las sombras del amor eterno.
Pero sé que la quise con locura
cuatro meses lo menos,
y á mí se me antojaba una morena
más guapa que los ángeles del cielo.
Sé que entrambos lanzábamos al aire
quejas amargas contra el *hado adverso*
que nos tenía separados siempre,
sin hablarnos, sin vernos,
perdiendo en el suplicio de la ausencia
la paz del alma y la salud del cuerpo,
y haciéndonos quedar poquito á poco
lacios y enclenques, pálidos y entecos.
Y sin embargo, yo, con la potente
prodigiosa atracción del pensamiento,
echaba á todas horas
párrafos largos con mi dulce dueño;
sentía las caricias de sus ojos
posándose en los míos largo tiempo,
y el timbre de su voz arrulladora
y el mágico perfume de su aliento...
Así, con la ilusión, con la esperanza
no lograda jamás, crecía el fuego,
y mi morena y yo, casi dichosos,
siempre estábamos juntos... desde lejos.

II

Luisa fué mi pasión, cuando de Amparo
la linda imagen se me fué del pecho;
una pasión frenética, indomable,
que me absorbió tres días por completo.
Y al cuarto día... ¡horror! me da vergüenza
confesárselo á nadie, y lo confieso
por si puede servirme de castigo
y á los demás de ejemplo:
¡no dejaba ni rastro la locura!
¡no quedaba ni chispa del incendio!
Y viví desde entonces amarrado
á mi amor, como al potro del tormento,
siempre cerca de Luisa, siempre unidos,
mirándola en silencio,
sin ver las rosas de sus frescos labios,
sin ver el brillo de sus ojos negros,
y haciendo la comedia del cariño,
con el alma á cien leguas del objeto...

III

De este modo aprendí por experiencia
el único tesoro de los viejos!
que en el amor humano, la distancia
no es de espacio... ¡es de tiempo!

Sinesio Delgado.

Inconvenientes.



Mata el hambre al entusiasmo,
pues como dijo el poeta
entre un *viva* y un *España*
pongo un bostezo de á tercia.

FE DE ERRATAS

DEL

NUEVO DICCIONARIO DE LA ACADEMIA

—¿De qué precio es el chocolate más barato que tienen ustedes?— preguntaba una ama de huéspedes en una tienda de ultramarinos.

—Lo tenemos muy barato, señora— la contestó el tendero;— lo tenemos hasta de cinco reales.

—¡Ah! Yo lo quisiera todavía más barato... aunque fuera algo más malo— repuso la patrona.

—Pues mire usted— la dijo el comerciante,— más barato puede ser que acaso lo encuentre usted en alguna otra parte; pero lo que es más malo, me parece que no lo encuentra usted en parte ninguna.

Lo mismo pasa con el Diccionario de la Academia: podía ser más barato, pero más malo, casi es imposible. Podía costar mucho menos al que le compra, ó al que le compraba, allá cuando se vendía y se pagaban por él cerca de siete duros; podía también salirle más barato al país, si los académicos no cobraran dietas por hacerle, y si el Estado no subvencionara á la Academia para que pague esas dietas y edifique palacios; pero en cuanto á ser más malo, digo yo lo que el comerciante del cuento; porque, francamente, no sé cómo había de ser para ser más malo el Diccionario de la Academia.

En el examen de las cuatro letras primeras A, B, C, D, han visto ya los que han leído los artículos anteriores cuántos gazapos, es decir, cuántos disparates se encuentran en cada página y en cada columna. Pues en el examen de la E y de las demás letras que siguen no hemos de encontrar menos seguramente.

El primero es de llamar á la E *sarta* letra del abecedario castellano, siendo la quinta, sólo por el capricho y la ignara presunción de considerar como una letra á la C y la H unidas. Ya traté de esto en el art. LII y demostré y censuré la sinrazón académica de querer hacer de dos letras una, por lo cual me limito ahora á llamar la atención de los ilustrados lectores sobre la falta de discurso que supone llamar á la E *sarta* letra del abecedario, sabiendo que el nombre *abecedario* viene de los de sus cuatro primeras letras A, B, C, D, y por consiguiente, siendo la E la que sigue á la D, no puede ser sino la quinta.

Otro error consiste en dedicar á la letra E el tercer artículo para llamarla *preposición inseparable*. Ya he demostrado también, hablando de otros artículos análogos, la falta de razón con que en esto proceden los académicos; pues en el mero hecho de llamar *inseparable* á esta preposición ó á otra cualquiera, como *ab, in, per*, confiesan que no se usan sino en composición, y de consiguiente que, por sí, no son palabras castellanas, ni tienen derecho á figurar en el Diccionario de esta lengua. Para poner en él la preposición latina *e* porque entra á componer el verbo EMANAR, v. gr., sería necesario poner también la voz griega *filos*, porque entra á formar nuestra palabra castellana FILOSOFÍA.

¿Y qué diremos del artículo *evolución*, que ocupa también un lugar en

el Diccionario... ¿Que qué es *abolición*, me preguntan ustedes?... Yo no lo sé. Los académicos dicen que es lo mismo que *extinción*, y no ponen a la *abolición* ni siquiera nota de anticuada. De modo que si quedara por ahí todavía algún infeliz que hiciera caso del Diccionario de la Academia, ese infeliz usaría indistintamente los vocablos *abolición* y *extinción*. Vale Dios que ya nadie hace caso de semejante libro.

Por eso nadie dice *excepto* ni *exceptuar*, por *excepto* y *exceptuar*, aunque en el Diccionario figuran tales antiguallas. Como nadie dice *diminución*, sino *disminución*, aunque los académicos ponen la primera forma como corriente y la usan siempre en sus definiciones, por ejemplo, en la de la *economía política*, que dicen que es «ciencia que trata de la riqueza de las naciones y de las causas de su aumento ó *disminución*».

Nadie dice tampoco *ecuar*, por más que los académicos digan que es igual, ni creo que en ninguna parte se use familiarmente el verbo *ecuar*, al cual llaman familiar los académicos.

En el artículo del verbo *ACHAR*, que es muy largo, se notan las faltillas siguientes: 1.^a Se dice que *ACHAR* significa «apostar, competir con uno», y se pone por ejemplo *ACHAR á escribir, á saltar*, cuando no se dice así, sino *ACHARLA*, porque echar á escribir ó á saltar es otra cosa: es ponerse, empezar á escribir ó á saltar. 2.^a Se pone entre las frases la de *ACHAR á volar á una persona ó cosa*, lo cual me parece que no es frase, sino desatino. Porque de algunas cosas sí se dice que se las echa á volar, por ejemplo: «Fulano echó á volar la noticia, la idea», etc.; pero de las personas no se suele decir que se las echa á volar, sino que se echan ellas: así se dice de los jóvenes que quieren echar á volar cuando tratan de casarse. 3.^a Se consigna la frase *ACHARLO á docer*, figurada y familiar, como sinónima de «meter á bulla una cosa»; y ni yo he oído esa frase familiar en ninguna parte, ni nadie me ha sabido dar razón de ella. 4.^a Lo mismo pasa con la frase *ACHAR tan alto á uno*, que, según los académicos, significa «despedirle con términos ásperos y desabridos»; pero solamente según los académicos, pues entre los demás españoles nadie la usa ni nadie la entiende.

La primera definición que dan los académicos de la *EDAD* dice: «Tiempo que una persona ha vivido, á contar desde que nació». Bueno. Trabajosilla, pero pase. La segunda dice: «Duración de las cosas materiales desde que empezaron á existir». ¿Pasaremos ésta también?... Pero entonces podremos preguntar á los académicos qué edad tiene el puente de Segovia, y podremos asegurar á cualquier académico que lo dude que el Palacio real tiene más edad que la estación del Norte, y ésta más edad que la del Mediodía.

¡Relojes desconcertados! Primero mucho restringir, no concediendo edad más que á las personas, y luego despilfarrar hasta concedérsela á los adosquines. En medio quedan las bestias, que, según estas académicas definiciones, parece que no tienen edad; pero allí hacia el fin del artículo, ya parece que la tienen, puesto que los académicos escriben esto, que ellos dicen que es una frase: «Conocer la edad por el diente», y dicen para explicarla: «Conocer los años que tienen los caballos, mulas y otros animales, según los dientes que han mudado». Aquí, como se ve, ya reconocen los académicos que los caballos, mulas y otros animales tienen edad; y siendo la edad, según los mismos académicos, el tiempo que una persona ha vivido desde que nació, creerán esos señores que los caballos, mulas, etc., son personas?

Aparte de estos desatregos, tiene de notable el artículo de la *EDAD* que los académicos no dicen en él ni una palabra de la *EDAD DE PIEDRA*. Se conoce que no les ha llegado todavía la noticia de esa edad, tan traída y llevada en revistas y libros. Verdad es que tampoco dan noticia, sin duda porque no la tienen, del refrán que dice: «En la cara está la *EDAD*», ni de la frase *EN NUEVA *EDAD** ni de otras muchas cosas que merecían ser conocidas.

Antonio de Valbuena.

Mojigaterías.

¡Cómo por las provincias anda el teatro desde que hay en la prensa pulcros censores que entre todas las obras no encuentran cuatro dignas de que se libren de sus rigores!

Á todas las condenan por inmorales con unos aspavientos que causan risa; pero hay muchas personas tan... celestiales que oyen á esos palqueros con fe sencilla.

Y hayen de los teatros, desprovistos, de perdición creyéndolos rascos lugares, en donde los actores no usan vestidos y todas son escenas de lupanars.

Como esos que se encargan de la censura á presenciar las obras van con malicia, no ven allí ni arte ni gala: para: ¡todo les suena á obsceno, todo á impudico!

Un *quid pro quo* gracioso pone á un marido, como en el mundo pasa, muy escamado. Pues eso, que resulta muy divertido, es: inhumano, grosero, desvergonzado.

En fin, con el criterio que usa esa gente no existe obra ninguna representable, pues hasta en la que sea más inocente esos pulcros encuentran algo execrable.

Ubrar hay que, en efecto, ver no conviene porque monten chistes sucios, á ratos; pero eso de que á todas se las condene, ¡eso es ya fiebre mística de mojigatos!

El caso es que del público la mayor parte teme en todas las obras ver indecencias, y las empresas se hunden, perece el arte, y los autores tocan las consecuencias.

Por supuesto que muchos de esos gusanos que tanto moralizan, de fervor llenos, suelen en los garitos ser tertulianos y escriben á escondidas libros obscenos.

¿No hay quien levante el látigo contra esa gente, llenándola de rouchas y verdagones? Pues en provincias pronto, seguramente, donde están los teatros ¡se harán frontones!

Así las gentes pulcra y suspicaces no oirán chistes dudosos ni chifrigotes. ¿Dónde la moral brilla sin antifaces? Dentro de los frontones. ¡en las pelotas!

José Coluani.

La juerga de honor.

I

En un espacioso comercio de telas de la calle de Atocha se halla, hace pocos días, un joven soldado vestido con el uniforme del ejército de Cuba. Los dependientes iban y venían tras del mostrador, atendiendo solícitamente á un gran número de compradores. Mujeres del pueblo, obreros, un señor cura anciano, dos ó tres señoras y una muy bella y elegante que, sentada en una butaca, examinaba unos abrigos.

Todos habían mirado con simpatía, no exenta de tristeza, al militar, que llevaba un brazo en cabestrillo.

El muchacho, sin embargo, estaba de muy buen humor, reía y parlaba con la gracia y el desenfado de un niño.

—Necesito una camiseta de lana pa no arrocirme de frío. Porque ahora está uno soplando donde que ha llegado á esta tierra, como chillá un clavo enrojado en la fragua cuando le meten en un cubo de agua.

—¿Viene usted de Cuba?—preguntó el dependiente.

—Vine hace meses... y vuelvo pronto... porque no me dieron más que un rasguño pa que pudiera venir unos días de juerguécitas... y sobre todo á ver á mi madre.

El cura, las mujeres, los obreros, las señoras, todos prestaron atención al soldado; el cura exclamó, muy deseoso de entablar parlague:

—¿Quiera Dios que aquello se acabe pronto y bien.

—¡Acabarse!... Como por la mano, padre cura... en cuanto que dejen á la gente... ¡Zi estamos toos na más qué deseando limpiar de bazura negra y bicolor el izlole... Miste qué malas escobas se harán con unas cuantas bayonetas!

—Tú bien sentirás volver—exclamó un obrero.

—Ni miaja... Lo que ustedes oyen—replicó animosamente el muchacho, riendo con verdadera alegría.

La señora que se hallaba sentada en la butaca procuraba que el horterilla, el cual, antes muy fino y sonriente la había atendido, no se distrajesen con la charla del pobre militar.

—Vamos, hombre, no se embobe usted. Saque esos otros abrigos serios, ¿eh? De poquitos lujos.

—Voy corriendo, señora.

—Zi aquellos *arrastraos*, y los digo *arrastraos*... porque parecen lagartos andando por la tierra... de la que *sallan* á lo mejor, como *sapos*... ¡dieran cara! Pero *son muy traidores*... y sólo en buscarlos está la pena, porque en pelear con ellos no hay cuenta; corren como ratas... Vaya, que tengo prisa, señores... despacharme.

—Usted me permitirá—dijo el comerciante—que le regale esta camiseta en nombre de mi principal.

La gente aplaudió con entusiasmo. Un obrero regaló al soldado dos puros, el cura le obsequió con una bufanda; dos señoras devotas le regalaron un bonito pañuelo para el cuello...

El muchacho, rojo de confusión, protestaba delicadamente de tanto obsequio; se le hizo comprender que aquello no avergonzaba á nadie, que todos deseaban mostrar simpatía y afecto á los que daban su sangre por la dignidad de todos, y al fin, pudieron convencer al muchacho, que dió las gracias y dijo muy campechanamente:

—Ea, Dios se lo pague á ustedes, y ya que se empeñan... pues que lleven estos regalos... calle del Olmo, número... cuarto tercero diez interior, casa de Maroto... para Nicolás López... que es un servidor de ustedes... pronto en Cuba... dispuesto á morir, si es necesario.

La gente aplaudió con nuevo entusiasmo.

—Conque, hasta más ver... Lo que siento es no poder correr una buena juerguécita antes de marcharme... Porque ya que allí todos son tristes, bueno es llevar de aquí *er dursillo* en el gusto.

—¡Ah, bribón!—exclamó una mujer.

Y todos rieron y despidieron con afectuoso saludo al soldado.

La curiosa impertinente.



- ¿Usted por aquí, duque? ¿Dónde va usted?
 —Pues á... á la calle de la Aduana.
 —¿Y á qué, si se puede saber?
 —A... á ver á un enfermo.
 —¿En el número 97, por casualidad?
 —Justo, sí, señora; en el 97. ¿Cómo sabe usted?...
 —Porque á ese mismo enfermo le vela casi todas las noches mi marido.

Solamente la elegante señora que, sentada en la butaquita, escogía abrigos junto al mostrador había estado como indiferente á lo que había ocurrido, y manifestando impaciencia por que la despa-chase pronto el hortera.

—¡Mira esa señora!... ¡ni ha dado una perra!—refunfuó una mujer.

—Será filibustera—añadió otra.

—O una cursi...

Y cuando la elegante dama hubo salido de la tienda, dando orden de que llevasen á su casa lo que había comprado, los concu-rrentes se desataron en murmuraciones y burlas.

II

Aquella misma tarde el joven soldado se hallaba recorriendo una de las aceras del paseo de la Castellana en busca de un nú-mero que no encontraba y que por fin halló.

Era un lindo hotelito. Llamó á él, y salió á recibirle un criado con librea.

—¿Es aquí donde quieren que venga esta meema tarde?

—Sí, señor, pase usted. La señora le está esperando.

—¡La señora!... ¿Y quién es la señora?

—Pase usted, hombre, y lo verá.

El pobre mozo perdió su serenidad y sus bríos al verse poco después en un elegantísimo salón. Maravillado el pobre militar, contemplaba aquella rica estancia.

—¡Calla!—pensó mirando á los grandes espejos.—¡Pues si me ha parecido que han llamado á toda mi compañía!

Oíase el rasgueo de una guitarra en una habitación inmediata, y de pronto una voz fresca y graciosa entonó unas sevillanas, acompañadas además por el vivo chaqueteo crotático de las castañuelas.

—¡Olé!—murmuró el soldado.—Esta es gente alegre.

—¡Ah! ¿Está usted ahí... ya?—exclamó una linda y joven seño-ra, apareciendo por la puerta de un gabinete.

—Yo he visto esta cara—se dijo el soldado.

Pero no podía recordar dónde, pues apenas se había fijado en la señora aquella que por la mañana había estado en el comercio, sentada en una butaquita, eligiendo abrigos.

—Pase, que le esperamos—dijo.—Está entre amigos. Oí decir que quería usted una juerguécita, y nos hemos reunido varios amigos para hacer una fiesta en su honor—dijo la señora.—Está usted entre paisanos.

Tanto ánimo dió la amabilidad de la dama al soldado, que éste, que era de suyo alegre, sintióse lleno de confianza y penetró en el gabinete, donde un cantor y unas bailaoras, ajustados para el caso, lucían sus habilidades, y varios señores y señoras palmo-teaban con entusiasmo.

Sirvióse una gran comida, hubo un concierto andaluz, cantó el soldado, contó cuentos... la fiesta fué completa.

Cuando ya el soldado tuvo que retirarse, fué despedido en la antecala por la bellísima dama, que, poniendo en su mano un pe-queño portamonedas con moneditas de oro y dándole á la vez una carterita, le dijo, con las lágrimas en los ojos:

—Soy viuda y rica; tengo dos hijos, uno está aquí, á mi lado... otro es subteniente y se halla en Cuba; ahí lleva usted las señas de donde habrá de hallarle... Por él y por usted he dado á usted esta fiesta... la única que puedo tener mientras él se halle en Cuba. Está preocupado siempre, temiendo que yo esté muerta de tristeza... Dígame usted que hemos hecho una locura, que hemos celebrado una juerga en honor de un valiente...

La dama ocultó el rostro entre las manos y desahogó en llanto su profunda aflicción, y el soldado... se fué lamiendo en los bor-des de la boca el amargor de dos lagrimones que de sus ojos se desprendieron, rodando por sus mejillas.

José Zahonero.

Tres advertencias.

Primera. Al presente número acompaña, como ustedes verán, el primer suplemento, con el principio de los apuntes correspondientes á la provincia de Álava. Como en estas cosas nada se pierde por mucho machacar, vuelvo á decir que el número no tendrá por eso aumento de precio y, por consiguiente, los vendedores no deben exigirlo. Esta serie de suplementos no se interrumpirá, si Dios quiere, en lo que nos queda de siglo. Lo que sí suplico al respetable público es que se reserve su opinión sobre la obra hasta que tenga en sus manos los suplementos correspondientes á tres ó cuatro provincias. Sólo entonces se podrá tener aproximada idea de lo que va á ser el conjunto. ¡No vayamos á juzgar por las dos hojas primeras... porque eso no es más que el principio!

Segunda. La tirada del número Almanaque se hizo con los apuros que Dios y yo sabemos, porque el trabajo se echó encima de un modo aplastante. Entre otras cosas, ocurrió un lamentable tropiezo en el taller de fotografiado (y cómo no!) y pagaron el pato dos dibujos á la aguada, de Cilla, y la historieta titulada *La verina*, de Apoles Mestres, inserta en las planas centrales. Especialmente la última sufrió un desastre materialmente. Se borraron líneas, se perdieron viñetas, se trastornaron epígrafes, ¡qué sé yo! El caso es que del original no quedó casi nada. Y á última hora y de mala manera el grabador arregló las planchas como pudo... ¡hay un pie de un trovador que es una calamidad, porque está al revés! y lo que es más lastimoso, se comió la firma del autor, que era lo que más nos importaba. Para colmo de males, esta falta no se subsanó, por olvido, en la imprenta... ¡Bien sabe Dios que me pesa de todo corazón lo ocurrido, aunque yo no he tenido la culpa!

Tercera. La composición de nuestro amigo Estrañi, que se publica en este número, estaba destinada al Almanaque, que honra con su firma todos los años. Llegó á nuestras manos cuando el citado Almanaque estaba en prensa. Doy esta explicación á mi distinguido compañero, y el más sentido pésame por la desgracia de familia que le aflige.



LIBROS

Estaquío Cabezón, el simpático Cabezón, con cuya amistad se honran todos ó casi todos los que cultivan la literatura, ha tenido una idea buena. Es decir, otra idea buena, porque antes de ahora había tenido muchas. Ha reunido en un elegante tomo sus composiciones festivas, algunas de las cuales pueden figurar dignamente al lado de las de los primeros españoles. Haciendo estricta justicia, toda la prensa ha elogiado el primer libro de nuestro querido amigo, y yo... que considero míos los triunfos del bueno de Estaquío, por razones que no es del caso explicar, una mi humilde enhorabuena á las muchas que habrá recibido á estas horas y le deseo un éxito de librería como no se haya visto otro en lo que va de siglo. La colección se titula *Coplas alegres* y cuesta sólo dos pesetas. ¡Ánimo y á comprarla!

Aunque tarde, no puedo menos de decir algo en alabanza de dos almanaques que se han publicado estos días, notable cada uno en su estilo y que el público ha saboreado ya con deleite. Me refiero á los de *Blanco y Negro* y *Gedeón*. Es el primero una maravilla artística y un prodigio tipográfico. Nuestro colega ha llegado en este punto hasta donde se puede llegar en España y nos honra ante los extraños. El de *Gedeón*, modesto en la apariencia, guarda en sus páginas tal cantidad de ingenio, de donosura, de gracia chispeante, que no puede negar que debe la vida á los mismísimos padres del semanario de menos circulación de España. ¡De menos circulación! Para mí quisiera yo la suya.

Fe de erratas del Diccionario de la Academia, por D. Antonio de Valbuena (Miguel de Escalada). Tomo IV. La inagotable gracia y los profundos conocimientos gramaticales de este escritor no necesitan ciertamente nuestro encomio. Ni este tomo tampoco, pues que sin ellos, y gracias al buen gusto instintivo del público, se agotará rápidamente como los anteriores. A la amabilidad del Sr. Valbuena, que nos honrará de hoy en adelante con su frecuente colaboración, debemos el permiso para ofrecer á nuestros lectores las primicias de su último libro, cuyo primer capítulo se publica en el presente número.



GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Antolin.—¡Porral un penito no puede ser *prolijo*, ni un *piojo* puede ser consonante de *habla*... hasta que Weyler acabe de desmenujar sus planes. ¡V para rato hay, como usted comprende!

Un admirador.—Es mediana, por lo vulgar del asunto y por lo forzudo de los versos, que tienen demasiadas asonancias y algún ripo que otro.

Mate Chirivela.—Todo lo que se refiera á la trocha ha pasado de oportunidad. Lo cual no obsta para que se hayan escrito muchas composiciones parecidas en estos tiempos calamitosos.

Q. K.—Señor, está humorada es inocente y mal versificada.

Capido.—Opino exactamente lo mismo que el párroco á quien usted llama *prócer*, sin duda en prueba de admiración y respeto.

Adamito.—¿Para publicar en el Almanaque? ¡Ay, no! ¡ni en los números sencillos!

Un curda.—Si; recibí la parodia del tren expreso y... me puse un poco colorado. Puedo asegurarle á usted que está muy bien hecha. De las menudencias no puedo aprovechar ninguna.

Mocelto.—El epigramita es candoroso. Y la versificación no es cosa del otro jaeves.

Lohengrin.—Siento tener que decir lo mismo de los «Personajes».

Sr. D. A. de S.—Tiene gracia, pero más de la mitad se han pasado á estas horas.

Sr. D. J. M.—Un poquito vulgares. El verso *ey* al que Dios ha dotados es *chojo* completamente.

Un chispero.—No están mal, pero tienen poca miga, salvo la del bastidor, que tiene demasiada.

Sr. D. J. M.—Si, se comprende á primera vista que son de un principiante. ¡V eso no debe conocerse nunca!

Sr. D. J. S. T.—Del número 1 al 150 hay muchos agotados. Si quiere, se le enviarán los que quedan.

Del Madrid político... ¡ni noticias!

Sr. D. G. L. C.—Mande nota de los números que le faltan y se le enviarán gratis á vuelta de correo.

Pedro Crispo.—Fuertes en algunos conceptos, demasiado vulgares en otros y con la versificación no muy correcta á ratos. Sin embargo, ambas pueden publicarse en un periódico en que el exceso de original no obligue á demasiado rigor.

Fray Cualquiera.—Se agradece sinceramente su ofrecimiento. El asunto de la composición es muy gastado.

Sr. D. L. G.—De igual defecto adolecen hace mucho tiempo, los consejos á un amigo que se casa. Se han dado tantos que no hay nueva variedad posible.

Un principiante.—No versifica usted mal, pero á la idea le pasa lo que á las dos de las contestaciones anteriores.

Sr. D. V. R.—«Vecina, es usted divina, se lo digo de verdad... mas tanta divinidad me va cargando, vecina.»

¡Ay! así empezaban todas las composiciones festivas hace veinte años. No le digo á usted más.

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

Á corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.ª